

» os repito , recordando que durante tres años no he cesado noche  
» y dia de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora  
» os encomiendo á Dios y á su gracia , que es bastante poderosa para  
» erigir y sostener el edificio de la Iglesia cuyos cimientos he puesto  
» entre vosotros. »

El Apóstol añade á todos estos rasgos que caracterizan al pastor perfecto el del desinterés, esa noble virtud que habia aparecido en él con un brillo superior : « Nunca he codiciado plata, oro ni vestido de na-  
» die , como vosotros mismos lo sabeis ; porque estas manos me han  
» suministrado las cosas necesarias á mí y á los que están conmigo. »

Pablo se hincó de rodillas despues de este discurso tan interesante , y los circunstantes le imitaron y se pusieron en oracion. Los suspiros y sollozos de toda la asamblea interrumpieron muy pronto el silencio de la oracion, y todos aquellos hijos se arrojaron al cuello de su buen padre bañados en llanto, especialmente por haberles declarado que no volverian á verle mas ; y le fueron acompañando de esta suerte hasta el navío.

Pablo fué á desembarcar en Tiro, y algunos dias despues se hallaba en Jerusalem. Al dia siguiente de su llegada á esta ciudad fué á verle Santiago, que era su obispo, y todos los presbíteros fueron á saludarle y á bendecir á Dios por lo que habia hecho por su ministerio en medio de los gentiles. Siete dias hacia ya que el Apóstol se hallaba en Jerusalem, ocupado únicamente en distribuir las limosnas que habia llevado á los fieles, cuando estando en oracion en el templo, le reconocieron algunos judíos de Asia, que en el mismo instante empezaron á dar voces diciendo que estaba allí el que enseñaba por todas partes contra la Ley. Á sus gritos acudió todo el pueblo, se lanzaron sobre el Apóstol, y le arrastraron fuera del templo para maltratarle y darle muerte con mas libertad y menos escrúpulo. Aquellos bárbaros le hubiesen dado muerte, si no se les hubiera impedido ; pero el tribuno Claudio Lisias, que mandaba la cohorte romana que estaba de guarnicion en Jerusalem, acudió diligentemente con sus soldados, y su presencia contuvo á los perturbadores. Sacó al Apóstol de entre sus manos, le mandó atar con cadenas, y quiso azotarle con varas para apaciguar al pueblo ; pero Pablo le detuvo de pronto preguntándole : « ¿ Así te atreves á tratar á un ciudadano romano ? »

Estas palabras hicieron temblar á Lisias. Se apresuró á librar al Apóstol de la furia de sus enemigos, y á enviarlo á Felix, gobernador de la Palestina, que residía en Cesarea. Félix era una alma venal que trataba de enriquecerse, como la mayor parte de los gobernadores romanos de aquella época, y aunque conoció al momento la inocencia del preso, le tuvo sin embargo dos años en la cárcel, esperando que comprarían su libertad á precio de oro. Tal vez hubiera prolongado

esta inicua detencion si Pablo hubiese estado por mas tiempo en su poder ; pero Félix fué destituido, y Neron le dió por sucesor á Porcio Festo para granjearse el afecto de los Judíos. Félix dejó á Pablo encadenado en las cárceles de Cesarea á discrecion de Festo.

El nombramiento de un nuevo presidente romano en la Judea era la última disposicion de la Providencia para que el Apóstol partiese á su mision de Italia. Festo, cuando llegó de Roma, hizo que compareciera el Apóstol en su presencia, y despues de haber oido á sus acusadores, el Presidente le preguntó dónde queria ser juzgado. Pablo respondió : Apelo al César. Asombrado Festo de esta respuesta, conferenció un momento con su Consejo, y volviendo á subir á su tribunal, dijo : Has apelado al César, y al César irás. De este modo los hombres, sin saberlo ni quererlo, secundaban los designios de la Providencia ; Pablo iba á predicar á Roma el Evangelio, y los vaticinios del Salvador se cumplian al pié de la letra.

El Gobernador supo que una nave que habia llegado á Cesarea se preparaba á darse á la vela. Pablo fué embarcado con otros presos, bajo la custodia de un oficial llamado Julio, centurion de una cohorte de la legion Augusta, é iban con él san Lucas y Aristarco de Tesalónica. La historia de esta navegacion es tan interesante por sí misma y tan propia para darnos á conocer el celo y el gran carácter de san Pablo, que vamos á contarla detalladamente.

« Despues de hacernos á la vela, dice san Lucas, empezamos á  
» costear las tierras de Asia ; al dia siguiente llegamos á Sidon, y Ju-  
» lio, tratando á Pablo con humanidad, le permitió que fuera á ver  
» á sus amigos y se proveyese de lo necesario. Cuando salimos de  
» allí, fuimos navegando por debajo de Chipre porque los vientos  
» eran contrarios, y habiendo cruzado la mar de Cilicia y de Panfilia,  
» llegamos á Listra, donde habiendo encontrado el Centurion un na-  
» vío de Alejandría que iba á Italia, nos trasbordó á él. Navegamos  
» muy lentamente durante muchos dias, y llegamos con gran dificul-  
» tad á la vista de Gnido ; y como el viento nos impedia adelantar,  
» fuimos costeando la isla de Creta junto á Salmon. Navegando con  
» trabajo á lo largo de la costa, llegamos á un lugar llamado Buenos-  
» Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Talasa. Y como se hu-  
» biese gastado así mucho tiempo y la navegacion se hiciese muy  
» peligrosa, Pablo dió este consejo á la tripulacion : Amigos mios, les  
» dijo, veo que la navegacion comienza á ser muy trabajosa, no  
» solamente para el navío, sino tambien para nuestras personas.  
» Pero el Centurion daba mas crédito á los consejos del piloto y del  
» maestre de la nave que á lo que decia Pablo, y como el puerto no  
» fuese bueno para invernar, los mas fueron de parecer que se diesen  
» otra vez á la vela por si se podia arribar á Fenice, que es el puerto  
» de Candía, para pasar en él el invierno.

» Habiendo empezado á soplar suavemente el viento de Mediodía ,  
» creyeron que podían llevar á cabo su designio, y con esta esperan-  
» za levaron áncoras y se pusieron á costear la isla de Candía; pero  
» poco despues se levantó un viento impetuoso entre Norte y Oriente  
» que arrojó la nave cerca de una pequeña isla, llamada Cauda, donde  
» apenas pudimos ser dueños del esquite.

» Al día siguiente, siendo reciamente azotados por la tormenta, los  
» marineros arrojaron las mercancías al mar, y tres días despues lan-  
» zaron tambien con sus propias manos los aparejos de la nave. Y no  
» apareciendo en tanto por muchos días ni el sol ni las estrellas, y  
» siendo cada vez mas deshecha la tormenta, teníamos ya perdida  
» toda esperanza de salvarnos, y en medio de la general consterna-  
» cion Pablo se levantó y dijo: Hubiera convenido mas sin duda,  
» amigos, haber seguido mi consejo de no partir á Candía, y hubié-  
» ramos evitado tantos peligros y tanta pérdida; pero os exhorto sin  
» embargo á que tengais buen ánimo, pues no perecerá ninguno, y  
» solamente se perderá el navío. Porque esta misma noche se me apa-  
» reció un Ángel de Dios de quien soy y á quien sirvo, diciendo: No  
» temas, Pablo; es necesario que comparezcas delante del César, y te  
» anuncio que Dios te ha concedido la vida de todos los que están  
» contigo en la nave. Por lo cual, amigos, tened buen ánimo, porque  
» confio en Dios que sucederá así como se me ha dicho; mas es nece-  
» sario que seamos arrojados en una isla.

« Y cuando llegó la noche del día catorce, como los vientos nos em-  
» pujasen por todos lados hácia el mar Adriático, los marineros creye-  
» ron cerca de la media noche que descubrian alguna tierra, y ha-  
» biendo echado la sonda, hallaron veinte brazas de agua, y un poco  
» mas adelante hallaron quince. Temiendo entonces que fuéramos á  
» dar contra algun escollo, arrojaron cuatro áncoras desde la popa,  
» esperando con impaciencia que viniese el día. Y queriendo huir los  
» marineros del navío, echaron el esquite en el mar, con pretexto de  
» ir á echar las áncoras de proa, pero Pablo dijo al Centurion y á  
» los soldados: Si estos hombres no permanecen en el navío, vos-  
» otros no podréis salvaros. Entonces los soldados cortaron los cables  
» del esquite y lo dejaron caer. Y cuando comenzó á aparecer el día,  
» Pablo exhortó á todos á que tomasen alimento, diciéndoles: Hoy  
» hace catorce días que estais como en ayunas, y casi no habeis tomado  
» nada esperando el fin de la tempestad, y por eso os exhorto á que  
» tomeis alimento para poder salvaros, porque ni un solo cabello de  
» la cabeza perderá ninguno de vosotros.

» Y diciendo estas palabras, tomando pan, dió gracias á Dios en  
» presencia de todos, y partiéndolo, comenzó á comer. Todos los  
» demás volvieron á tomar aliento y se pusieron tambien á comer. Y  
» todas las personas que íbamos en el navío éramos doscientas y setenta

» y seis, y cuando estuvieron saciados alijaron el buque arrojando el  
» trigo á la mar. Al asomar el día no conocieron la tierra que tenía-  
» mos á la vista; pero distinguieron un golfo en la orilla, en el cual  
» resolvieron encallar la nave si les era posible. Retiraron, pues, las  
» áncoras, largaron al mismo tiempo las ataduras del gobernalle, y  
» dejándose llevar de la mar, iban hácia la playa despues de haber  
» alzado la vela del artemon; mas habiendo encontrado una lengua de  
» tierra, hicieron encallar en ella la nave. Los soldados fueron enton-  
» ces de parecer de que matasen á los presos, temiendo que alguno de  
» estos se escapase á nado, pero lo impidió el Centurion que queria  
» salvar á Pablo, y mandó que los que supiesen nadar se arrojasen los  
» primeros al agua y se saliesen á tierra; y los demás fueron sacados  
» unos en tablas, y otros sobre los despojos del navío; lográndose de  
» este modo que todos saliesen salvos á tierra.

» Y estando ya en salvo de este modo reconocimos que la isla se lla-  
» maba Malta, y los bárbaros nos trataron con suma humanidad, por-  
» que despues de haber encendido una grande hoguera á causa de la  
» lluvia y del frio que hacia, nos dieron á todos los auxilios que ne-  
» cesitábamos. Habiendo recogido Pablo en aquel momento algunos  
» sarmientos y arrojándolos en el fuego, una víbora que hizo saltar el  
» calor se le asió de la mano, y cuando los bárbaros vieron el animal  
» que colgaba de su mano, se decian los unos á los otros: Este hom-  
» bre es indudablemente un homicida, pues que despues de salvarse  
» de la mar, no quiere dejarle vivir la venganza divina. Pero Pablo  
» sacudió la víbora en el fuego y no recibió mal alguno. Los bárbaros  
» creían que se iria hinchando y que caería muerto de repente; mas  
» despues de haber esperado largo rato, cuando vieron que no le so-  
» brevenia mal ninguno, mudaron de parecer y dijeron que era un  
» dios. Y en aquellos lugares habia unas tierras que pertenecian al  
» príncipe de la isla, llamado Publio, el cual nos recibió muy hu-  
» manamente, y nos dió hospitalidad en su casa durante tres días. Y  
» acaeció que el padre de Publio se hallaba padeciendo una fiebre y  
» una disentería; Pablo entró á verle, y poniéndose en oracion, le  
» aplicó las manos y le curó. Despues de este milagro, acudieron á  
» él cuantos enfermos habia en la isla, y quedaron sanos; los cuales  
» asimismo nos hicieron grandes honras y nos proveyeron de todo lo  
» necesario para nuestro viaje. Al cabo de tres meses nos embarcamos  
» en una nave de Alejandría que habia pasado el invierno en la isla,  
» y que tenia por divisa á *Cástor* y á *Pólux*, y llegamos á Siracusa,  
» donde nos detuvimos tres días. Costeando desde allí fuimos á Reggio,  
» y habiéndose levantado al día siguiente viento meridional, llegamos  
» un día despues á Pouzzole, ciudad de la campiña de Nápoles.»

Pablo encontró allí cristianos, porque ya eran en grande número  
en Roma y en Italia, habiendo plantado allí san Pedro la fe hacia

mucho tiempo. Después de haber pasado una semana entera con los fervientes neófitos de Pouzzole, Pablo partió á la capital del mundo. Los hermanos de Roma salieron á recibirle á veinte leguas de distancia, unos hasta una ciudad llamada *Foro de Apio*, y otros hasta un punto llamado las *Tres Posadas*<sup>1</sup>, y el grande Apóstol, rodeado de estos fervientes discípulos, hizo su entrada en la ciudad de los Césares por la via Apia, al principio de la primavera del año 61 después del nacimiento de Jesucristo. Entró cargado de cadenas, con la alegría y noble confianza de un príncipe que regresara á su capital en un carro de triunfo, cubierto con los laureles de la victoria.

Todos los presos fueron entregados por el centurion Julio al prefecto del Pretorio, que era capitán de los guardias del Emperador. Desempeñaba á la sazón este cargo Afranio Burrho, cuyas buenas cualidades ensalza la historia, y que contenía en cuanto le era posible las malas inclinaciones de Neron. Admirado Pablo de los mismos gentiles, tuvo la libertad de permanecer en casa particular con un soldado que le custodiaba, y al cual estaba atado noche y día con una larga cadena, según la costumbre de los Romanos. El Apóstol alquiló para sí y para su pretoriano una habitación donde pasó dos años enteros, trabajando con sus manos para pagar el alquiler.

Recibía á cuantos iban á visitarle, y les predicaba públicamente el Evangelio: su cautiverio fué una misión continua que contribuyó sobremedera á la propagación de la fe, y extendió su celebridad hasta en la corte del Emperador, donde había ya varios cristianos.

Habiendo llegado á noticia de los fieles de Filipos, tan tiernamente amantes de su Apóstol, que se hallaba preso en Roma, le enviaron á su obispo Epafrodita, tanto para llevarle auxilios como para asistirle en su nombre. Pablo escribió á sus queridos Filipenses una epístola en la que se revelan toda la grandeza de su alma y todo el ardor de su celo. Escribió también á Filemon de Colosas, ciudad de Frigia, en favor de Onésimo su esclavo, á quien le suplica en nombre de sus cadenas reciba como si fuera él mismo. De aquella prisión salieron también las admirables epístolas á los Colosenses y á los Hebreos.

Después de dos años de cautiverio, san Pablo llegó á hacerse oír, y habiéndose plenamente justificado de las acusaciones que contra él intentaban los Judíos, fué puesto en libertad. El hombre de Dios volvió á partir al momento á Oriente, y se cree que en el transcurso de este viaje escribió á sus dos amados discípulos Tito y Timoteo. Habiendo lanzado su postrera mirada á las iglesias orientales, este sol

<sup>1</sup> Estos lugares para siempre memorables existen aun en el día. El 15 de febrero de 1842 pasamos á *Cisterna*, que la tradición asegura ser las *Tres tabernas* de los Hechos de los Apóstoles. Algunas horas después, en medio de las lagunas Pontinas, almorzamos en el *Foro de Apio*, llamado aun en el día *Forappio*. (Véase las *Tres Romas*.)

brillante dirigió nuevamente su curso hácia la ciudad de Roma, donde debía detenerse para siempre; y después de su regreso á la capital del mundo, escribió su segunda epístola á Timoteo y á los fieles de Éfeso.

Pablo entró en Roma con san Pedro: estos dos conquistadores, uniendo sus fuerzas, clavaron el pendon de su divino Maestro hasta en el palacio de Neron; pero este príncipe infame no pudo tolerar que se introdujese en Roma una religion tan santa, siendo así que hubiera preferido perder su imperio antes que sus desarreglados placeres. Su furia no tuvo límites cuando supo la conversión de una cortesana que era su culpable ídolo, y el grande Apóstol que había obrado este prodigio se vió al momento cargado de cadenas y hundido en una estrecha cárcel, á donde fué á reunirse pronto san Pedro.

Antes de triunfar del mismo Neron con una muerte gloriosa, los dos atletas de Jesucristo debían alcanzar una brillante victoria sobre el mayor enemigo que tuvo la Iglesia en sus primeros años. Simon el Mago, enviado á Roma por el demonio para desacreditar y arruinar la obra evangélica, había anunciado en prueba de su divinidad que se elevaría por los aires, y el falso profeta debía hacer su pretendido milagro y corroborar su doctrina el día de los juegos públicos, en presencia de toda la ciudad y del mismo Emperador. Habiendo llegado esto á noticia de Pedro y Pablo, se pusieron en oración, y abandonado el impostor por los demonios que le levantaban, cayó en el suelo, se fracturó las piernas, y su sangre salpicó hasta el pabellon desde donde le miraba Neron. Llévaronsele; pero arrebatado por su despecho, se arrojó desde lo alto de su casa y murió<sup>1</sup>.

Habiendo llegado el día de su martirio, sacaron á los dos Apóstoles de su calabozo, y los llevaron juntos fuera de la ciudad por la puerta de Ostia. Dirigieron á san Pedro hácia el monte Vaticano, donde fué crucificado con la cabeza abajo, pues así lo había pedido él mismo por humildad, temiendo que se creyera que afectaba la gloria de Jesucristo, si hubiera sido crucificado del mismo modo que su divino Maestro. San Pablo fué llevado á un sitio llamado las *Aguas salvianas*<sup>2</sup>, y le cortaron la cabeza en atención á su calidad de ciudadano romano. Este día para siempre memorable fué el 29 de junio del año 66 después de Jesucristo<sup>3</sup>. San Pedro, fundador y primer obispo de la Iglesia de Roma, la había gobernado durante cerca de veinte y cinco años.

<sup>1</sup> Prud. *De Martyr.* II, 145. (Véase también Tillemont, t. I, pág. 180.)

<sup>2</sup> Baron. ad ann. 68, *Constit. apost.* lib. VI, c. 9.

<sup>3</sup> Véase Baron. ad ann. 69, § 1, 3, 19. (Véase las *Tres Romas*, t. III, y Foggiuo, *De itinere et episcopatu romano divi Petri*.)

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos hecho nacer en el seno de vuestra Iglesia, y dadnos la gracia de ser siempre fieles de todo nuestro corazon á la Iglesia romana, madre y soberana de todas las demás iglesias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero hacer sin discurrir todo lo que me manda la Iglesia.

LECCION IV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Vida, misiones y martirio de san Andrés, — de Santiago el Mayor. — Juicio de Dios sobre Agripa, primer rey perseguidor de la Iglesia. — Vida, misiones y martirio de san Juan Evangelista, — de santo Tomás, — de Santiago el Menor, — de san Felipe, — de san Bartolomé, — de san Mateo, — de san Simon, — de san Judas, — de san Matías, — de san Marcos y de san Lucas.

La leccion anterior nos ha puesto á la vista la rápida historia de san Pedro y san Pablo, y esta nos va á bosquejar las expediciones y victorias de los demás conquistadores evangélicos. El primero de quien vamos á hablar es san Andrés: hermano de san Pedro, tuvo la gloria de llevar al Salvador al que debia ser el Jefe de la Iglesia universal. Despues de la ascension, dirigió sus pasos hácia la Escitia, recorrió la Grecia y el Ponto, y volvió en seguida hácia el Norte. Los Moscovitas están en la persuasion de que san Andrés llevó la fe á su país hasta las fronteras de Polonia. Finalmente, se dirigió á la ciudad de Patras en Acaya, donde dió su sangre por Jesucristo en un suplicio semejante al de su hermano y al de su divino Maestro, pues como ellos fué crucificado. La tradicion nos dice que la cruz de san Andrés estaba formada con dos piezas de madera que se cruzaban oblicuamente por el medio, y representaba la figura de una X.

Desde el instante que vió á lo lejos el instrumento de su suplicio, el santo Apóstol exclamó en un transporte de alegría: « Salve, cruz » preciosa, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Dios y adornada con sus miembros como de piedras preciosas. ¡Cruz saludable! recíbeme en tus brazos; hace mucho tiempo que te busco; » dignese recibirme por tí el que se sirvió de tí para rescatarme. » Las reliquias del Santo descansan ahora en Italia, en la catedral de Amalfi<sup>4</sup>. ¡Quiera Dios que su amor hácia la cruz reine en todas las partes donde hay cristianos!

Hé aquí un nuevo conquistador y un nuevo testigo de la fe que tenemos la dicha de profesar:

Santiago, hijo de Zebedeo y de Salomé, era hermano de san Juan Evangelista y próximo pariente del Salvador. Se le da el sobrenombre de *mayor* para distinguirle del Apóstol del mismo nombre que fué

<sup>4</sup> Véase Ughelli, *Ital. sacr.* t. VII.